

# Viaje a Rapa Nui



CARLOS VÁZQUEZ-YANES  
ALFREDO PÉREZ PORTELA

**D**os veces a la semana, durante las primeras horas de la noche, despegamos del Aeropuerto de Santiago de Chile el avión de la Línea Aérea Nacional de Chile con dirección a Tahití con una escala en Rapa Nui, sitio mejor conocido como Isla de Pascua. Después de casi seis interminables horas de vuelo, la aeronave comienza a maniobrar para el descenso. Por las ventanillas todo es neblina absoluta. En esta parte del Pacífico sur existen muy pocas islas y aun son menos las que se encuentran habitadas. Súbitamente, como de la nada, surge una pista de aterrizaje imponente y muy bien iluminada. Todos los pasajeros respiran aliviados, pues durante largos minutos, al volar sobre la total oscuridad del océano, les parecía improbable llegar a algún punto de tierra firme, al término del acelerado descendimiento del avión.

El vuelo de LanChile es casi el único contacto regular de los pascuenses con el resto de la humanidad. Toca la isla cuatro veces a la semana: a la ida y a la vuelta de Tahití. De Santiago llegan a Pascua, en su mayoría, chilenos y otros americanos; de Tahití arriban sobre todo turistas franceses, quienes generalmente se destacan por mostrar mucho interés respecto a las culturas del pasado. Además del contacto por vía aérea, cada mes atraca en la isla un barco de la Armada Chilena que lleva ahí el combustible para aviones y autos y la mayoría de los alimentos y pertrechos indispensables para los lugareños.

Después del descenso uno se asombra ante el contraste entre la magnífica pista aérea y las rústicas y mínimas instalaciones aeroportuarias. Ello se debe a que, al inicio del programa de transbordadores de la NASA en Estados Unidos, por la ubicación tan apartada de la Isla de Pascua, se consideró a ésta un emplazamiento ideal para efectuar aterrizajes de emergencia de ese tipo de aeronaves en el hemisferio sur. De esta manera los pascuenses se hicieron propietarios de una pista de despegue envidiable, aunque poco utilizada.

Al concluir las operaciones de descenso, buena parte de la población de la isla está ya esperando a los viajeros, ya sea

para atender, vender artesanías y ofrecer servicios al puñado de turistas que vienen entre ellos cuatro veces a la semana, ya para recibir amigos o familiares o, simplemente, curiosarse en torno los recién llegados. Hay pocas cosas más emocionantes que hacer en la isla. Sus dos mil habitantes muestran una afabilidad y gentileza fuera de lo común. Para ellos, los vuelos constituyen los acontecimientos más interesantes y provechosos, pues traen consigo al particularmente culto turismo que los beneficiará de manera directa o indirecta.

Los moradores de Pascua son de raza polinesia; aún hablan una lengua llamada pascuense o rapa nui, emparentada con las empleadas en parte de la Polinesia francesa y Hawái. Sus rasgos fisonómicos son agradables. Al tratar a esta gente, de inmediato se tiene la impresión de que es introvertida, pero cordial y amigable, si bien siempre guarda una pequeña reserva en el trato con los visitantes. En la actualidad, los pascuenses son devotos católicos y viven dignamente pero sin riquezas. Además de estos pobladores autóctonos, habitan la isla algunos chilenos y un reducido conjunto de europeos que en su primera visita se enamoraron del lugar, sin faltar un afable gallego, dueño de la principal agencia de turismo local.

Al abandonar el aeropuerto para ir al hotel uno se percata de que en la Isla de Pascua no existen calles pavimentadas ni iluminación pública; los vehículos más grandes son pequeñas camionetas tipo combi. La paz es absoluta y el silencio sólo es roto por el rumor del mar y de la brisa. Los hoteles son pequeños, limpios y acogedores. Los administran amables familias pascuenses que ofrecen un trato esmerado y discreto y una alimentación balanceada, aunque poco variada, pues la isla no cuenta con muchos productos comestibles.

El amanecer, al día siguiente de la llegada, no puede ser más emocionante. Al salir temprano de la habitación se enfrenta uno por primera vez al paisaje más espectacular y hermoso que pueda existir. La inmensidad del océano, más evidente que nunca, pues casi en ningún otro lugar podría uno encontrarse tan alejado de cualquier otro sitio habitado de la

tierra, impresiona con enorme fuerza. El profundo color azul turquesa del agua es de una belleza indescriptible. El cielo es un muestrario de nubes fantásticas cuyo color va del blanco al gris oscuro y a las que el viento desgarrar sobre un fondo intensamente azul. La exquisita brisa fresca y perfumada de mar se convierte en una especie de disfrute imprescindible.

La isla es toda de lava volcánica. Aunque onduladas colinas cubiertas de pasto de color verde seco se extienden en la superficie, en muchos lugares queda al descubierto la áspera roca, cuyos tonos van del rojo oscuro al negro absoluto. La singular combinación de tonalidades alcanza su máxima belleza a la orilla misma del mar, donde la abrupta lava negra sustituye a la playa; rocas, acantilados, agua azul y espuma blanca de las olas se mezclan en infinitas formas, lo cual produce un espectáculo tan atractivo que difícilmente podemos dejar de mirarlo durante todo el tiempo de permanencia en la isla. Por algunos momentos ese panorama despertó nuestro deseo de quedarnos para siempre en el lugar, de adquirir habilidad para pintar sus paisajes y reproducirlos con sus mismos colores.

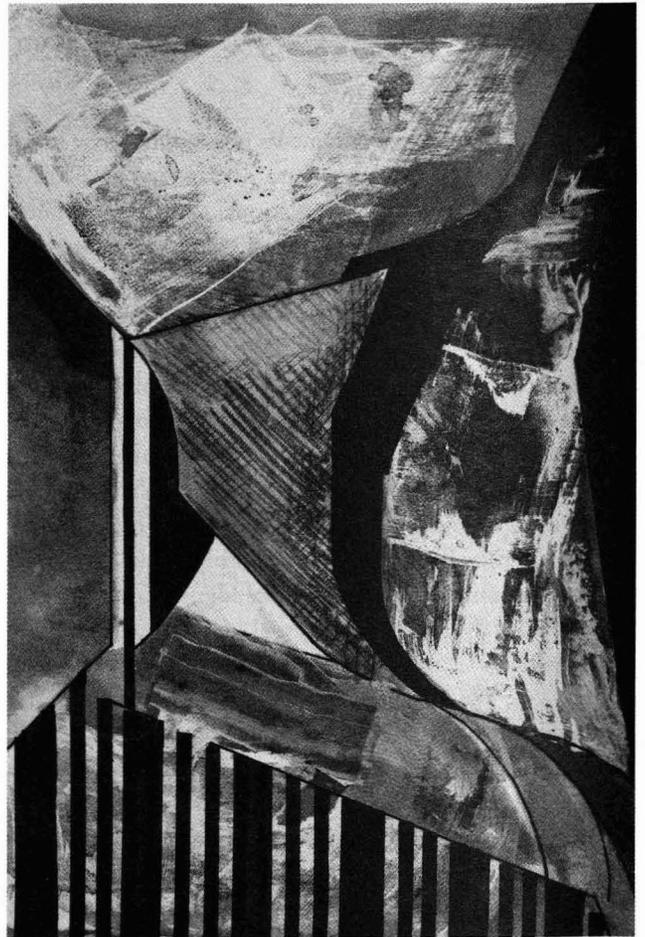
La grandiosa vista de Pascua no conserva casi ninguna de sus características primigenias. Densamente poblada durante siglos, víctima de incendios y escenario de pastoreo extensivo desde el siglo pasado, ha perdido todos sus bosques y apenas mantiene vestigios insignificantes de su flora y fauna originales. El pasto que la cubre se compone casi por completo de especies exóticas traídas de Sudamérica. Lo mismo ocurre con los pocos conjuntos de árboles y bosquetes de las colinas, trasplantados ahí con fines de repoblación forestal. Algunos de los árboles más abundantes son los eucaliptos y las casuarinas australianas y una curiosa y abundantísima proliferación de guayabos originarios de Centroamérica, de todas las tallas. Curiosamente, estos últimos pueden florecer y producir frutos cuando apenas alcanzan medio metro de altura. Los animales del lugar también fueron importados en su momento y las aves de rapiña exóticas, el ganado, los gatos y las ratas y ratones que llegaron en los barcos se han encargado de ayudar a eliminar toda la fauna nativa.

Las aguas del mar que rodea la isla también son pobres en peces; en ellas sólo se obtienen algunos atunes y barracudas mediante pesca de anzuelo; en los acantilados se consiguen unos pocos crustáceos que sirven para recordar al turista que se encuentra a la orilla del océano. Se dice que en el pasado la isla era rica en recursos marinos y algas macroscópicas, pero que a principios de este siglo un gigantesco fenómeno llamado *Niño* —calentamiento periódico del agua del centro del Océano Pacífico, de origen desconocido— alcanzó las costas de la isla y destruyó la flora y la fauna marinas, sobre todo las grandes algas pardas características de aguas frías, embate del que las zonas marinas colindantes con la isla aún no se han recuperado del todo.

La historia humana y natural de la Isla de Pascua es una miniversión de cataclismo ecológico originado por el ser humano. Incluso, constituye uno de los más acabados que es posible documentar con precisión. En las siguientes líneas

procuraremos describir brevemente las causas de esta tragedia natural y humana.

La Isla de Pascua es más bien un islote de forma triangular de 160 km<sup>2</sup>, ubicado a 2 000 km de la más próxima ínsula habitada, la legendaria Isla Pitcairn, cuya población desciende de marinos británicos y mujeres polinesias. Éstos, enamorados y para mantenerse juntos, debieron rebelarse contra las autoridades inglesas, situación que dio lugar a un célebre motín naval (motín del Bountry), y huyeron luego hacia Pitcairn, hasta entonces inhabitada. La Isla de Pascua tiene un clima subtropical pues se encuentra a 27° 9' de latitud sur y a 109° 26' de longitud oeste, a 3 760 km al este de Chile y más de cuatro mil al sureste del centro de la Polinesia francesa. En



su territorio hay tres volcanes inactivos, el más alto de los cuales no alcanza los quinientos metros de altura; no lo atraviesan ríos ni corrientes de agua superficiales. La lluvia, relativamente escasa, se infiltra rápidamente en la piedra volcánica y sólo se acumula en algunas pequeñas lagunas-cráteres y en depósitos dentro de grutas.

La capital de la isla, Hanga Roa, es el único poblado de toda el área. En sus alrededores se cultivan camotes, maíz, algunas verduras y árboles frutales regados con agua de pozos artesianos. El resto de la superficie se utiliza sólo para el pastoreo de ganado vacuno, ovino y caballar.

Las leyendas e historias transmitidas oralmente durante siglos constituyen la base del conocimiento actual del pasado de Rapa Nui, plasmado también con escritura pictográfica polinesia en tabletas de madera de las que, por desgracia, sólo se conservan, en algunos museos fuera de la Isla de Pascua, unas pocas con signos propios del sistema "Rongo rongo".

Rapa Nui fue colonizada, alrededor del año 300 d. C., por hombres procedentes de las actuales Islas Marquesas. Según la leyenda, el primer grupo de exploradores, comandado por el rey polinesio Hotu Matu'a, desembarcó en la única playa de arena de la isla, la Bahía de Anakena. Los recién llegados se establecieron, se dispersaron por la isla y a la larga formaron linajes aristocráticos que, como es común en muchas culturas, luchaban entre sí por el poder.

Los pobladores del lugar llegaron preparados para colonizarlo, pues traían consigo plantas y animales. Su alimentación, pues, aunque poco variada, resultaba suficiente gracias a que incluía productos vegetales y animales oriundos de la Polinesia como, respectivamente, el taro, el camote, el plátano y la caña de azúcar, y gallinas y cerdos, además de otros conseguidos mediante la domesticación de plantas nativas, la pesca en los mares circundantes y la recolección de huevos de aves marinas.

El procedimiento habitual entre los colonos para preparar los alimentos consistía en cocinar plantas y animales en un hoyo practicado en el suelo, cubierto con capas de piedras calentadas al fuego. Esta técnica es común en toda la Polinesia y se conoce en castellano como cocinar en curanto.

Una causa constante de conflicto en la isla la constituyó el afán de diversos grupos por controlar los diferentes suministros de agua, como lagunas y grutas. El líquido vital llegó a ser en ocasiones causa de guerras civiles y principal factor limitante para la colonización de Pascua.

Se calcula que, durante los años de apogeo de la cultura pascuense, la isla llegó a tener entre seis y ocho mil habitantes y, por tanto, una densidad de población de alrededor de cuarenta o cincuenta habitantes por kilómetro cuadrado, la cual puede considerarse muy alta si se toman en cuenta los escasos recursos naturales del lugar. Esta magnitud demográfica se debe en parte, quizás, a que en esta isla tan apartada y aislada por siglos, los habitantes se hallaban a salvo de muchas enfermedades y la vida debía ser esencialmente sana.

Los pascuenses tenían creencias religiosas similares a las de otros lugares de Polinesia y practicaban devotamente el culto a sus deidades. Al parecer, la religiosidad pascuense alcanzó su mayor auge después de la llegada de una segunda oleada de polinesios a la localidad. El desarrollo de la extraordinaria devoción piadosa llegó a tales niveles que llevó a los pascuenses a dedicar buena parte de sus esfuerzos al culto religioso y condujo a la postre a Rapa Nui a una espectacular transformación ecológica, quizás en parte debido al inusual aislamiento de este pueblo con respecto al resto del mundo y a las duras condiciones de vida que la isla imponía.

Las construcciones religiosas se multiplicaron alrededor del año 600 d. C. y hacia el 800 empezaron a proliferar las esculturas que representaban personajes nobles y otras iconografías, principalmente relacionadas con animales marinos y aves. Alrededor del año 1000 d. C. nació la cultura que produjo los *moais*, sorprendentes esculturas que representan hombres desde la base del tronco hasta la cabeza, esculpidas en roca volcánica procedente del monte Rano Raraku, al sur de la isla. Los moais representan típicos rostros polinesios de quijada prominente, estilizados y bellamente labrados, con algunos de los detalles en bajorrelieve.

En las faldas del fantástico volcán Rano Raraku se talló una cantidad superior a los mil moais y aún quedan allí, acostados sobre la piedra, a medio terminar, muchos que no fueron movidos a otros lugares. Una vez concluida cada una de esas esculturas —las cuales podrían tener hasta cinco metros de altura y muchas toneladas de peso—, era transportada rumbo a la costa, haciéndola rodar sobre troncos de árboles hasta la orilla misma del mar, donde previamente se había construido una plataforma de roca para soportar grupos de alrededor de siete figuras de moais en cada sitio. De esta manera todo al borde de Pascua quedó sembrado de estas admirables obras. Los moais representan deidades que llegan a la isla, ya que siempre miran hacia el interior de ésta. Parecen significar la deificación de los colonizadores de Rapa Nui, es decir, formar parte de un culto a los antepasados. Para culminar cada moai se lo dotaba de ojos de concha, que le daban vida ritual, y de un tocado parecido a un voluminoso sombrero, hecho de roca volcánica porosa de color rojo, procedente de otra cantera distante varios kilómetros de Rano Raraku, llamada Maunga Puna Pao.

Por ser tal la abundancia de este género de obras escultóricas, resulta fácil pensar que buena parte de la población de la isla se dedicó a esculpir las y transportarlas, así como a construir sus extraordinarios basamentos. Según algunos cálculos, gran parte de la vegetación arbórea del territorio desapareció durante ese periodo pues los troncos se empleaban para transportar las esculturas y confeccionar ciertas partes de las construcciones.

La veneración de los moais se extinguió súbitamente hacia el año 1500 d. C., quizás por falta de árboles. Los pobladores derribaron las esculturas boca abajo sobre sus basamentos y, después de un periodo de anarquía, guerras y posiblemente antropofagia, se practicó un nuevo ceremonial llamado el "Culto del Hombre Pájaro", cuyo santuario estaba situado en el volcán Rano Kao, al oeste de la isla. Este espectacular lugar de adoración se hallaba emplazado en un volcán de alrededor de cuatrocientos metros de altura, con un enorme cráter separado del mar por un escarpado borde de roca que forma un magnífico e imponente acantilado. En el interior del cráter hay un amplio lago cubierto parcialmente de vegetación acuática. Entre la cavidad y el mar se localiza el sitio arqueológico de Orongo, donde varias construcciones de lajas servían como centros de invocación religiosa precedentes al rito

del Hombre Pájaro. Esta ceremonia consistía en que varios jóvenes de los diferentes clanes de Rapa Nui competían por convertirse en el cacique de la isla: los contendientes se arrojaban del acantilado y nadaban hacia dos islotes cercanos en los que anualmente anidaban las golondrinas de mar. Quien lograba traer de regreso el primer huevo de golondrina se convertía en ese momento en el Hombre Pájaro. El clan representado por el vencedor dominaba Rapa Nui por cierto lapso, podía llegar a imponerse a los otros clanes, practicar incluso la antropofagia con miembros de los más débiles de ellos y desterrar a los sobrevivientes en los lugares más inhóspitos de la isla.

Ésta era la situación cultural prevaleciente en la isla cuando por vez primera la visitaron europeos: el capitán holandés Roggeveen desembarcó en la isla durante la Pascua de 1722. Fue una visita sin muchas consecuencias, ya que sólo el nombre actual de la ínsula se deriva de ella. Poco después, al lugar llegaron españoles y, más tarde, el capitán británico James Cook. Pascua permaneció olvidada y sólo ocasionalmente, de paso, paraban ahí balleneros europeos y estadounidenses que conocían las permisivas costumbres sexuales de los isleños, gracias a las cuales podían desahogar con las nativas sus necesidades sexuales, acrecentadas por un largo viaje marítimo. Esto introdujo en la isla enfermedades venéreas que hicieron estragos en la población. Más tarde grupos de piratas peruanos esclavizaron a más de dos mil habitantes para llevarlos a trabajar en la recolección de guano en ínsulas de las costas de Perú dedicadas a ese cultivo. En 1864, cuando la población de Pascua estaba ya muy disminuida, llegaron a ella los primeros misioneros católicos, quienes rápidamente extendieron la práctica de su religión entre sus huéspedes, de naturaleza muy devota. En 1865 la Iglesia peruana abogó por el retorno de los esclavos de las islas guaneras a su lugar de origen. Liberados y repatriados, aquellos hombres trajeron a Pascua la viruela, enfermedad que durante años diezmo a los nativos hasta dejar con vida, en 1877, a sólo 111 de ellos, de los cuales desciende la población actual. En 1888, sin enfrentar resistencia alguna, Chile se anexó Pascua con la intención de utilizarla como estación ballenera de la Antártida. A partir de entonces y con la protección de aquel país, los habitantes de la isla han recuperado gradualmente su magnitud; sin embargo, los pascuenses no se sienten chilenos y ven a la metrópoli con cierto recelo. En alguna forma el que la Isla de Pascua sea parte de una nación en vías de desarrollo la ha salvado del turismo comercial masivo y del establecimiento de infraestructura moderna, lo cual no puede considerarse más que una bendición, pues el lugar conserva el encanto único de una vida rural sencilla que la hace todavía más atractiva.

Cuando Pascua perdió su importancia como estación ballenera, el gobierno chileno la concesionó a una empresa lanera británica que sembró pastos e introdujo cantidades masivas de ovejas. Éste fue el golpe final a la flora insular. Al cabo

de un tiempo, la explotación ovina convirtió toda la isla en un pastizal casi continuo.

En el presente, la Isla de Pascua es uno de los lugares de la tierra más drásticamente transformados por la actividad humana. El aislamiento de sus primitivos colonizadores los llevó a practicar un culto religioso desarrollado hasta niveles casi incomprensibles, lo cual provocó de manera indirecta la desaparición de la cubierta forestal de la isla. La explosión demográfica causada por una vida esencialmente sana de los nativos indujo la destrucción de los recursos naturales y la ganadería introducida por los europeos propinó el golpe de gracia. Por suerte la población aún atesora vestigios de la rica cultura de Rapa Nui, pues conserva su idioma original, así como artes plásticas, música, danzas y algunas tradiciones propias de ella; además, pese a la gran transformación del paisaje de la isla, felizmente ésta sigue siendo de una belleza extraordinaria.

La hazañas artísticas de los pascuenses han dado lugar a interpretaciones antropológicas que van de lo sobrenatural a lo racista. No han faltado charlatanes que atribuyen las grandes realizaciones arquitectónicas y escultóricas de los pascuenses a la intervención de poderes extraterrestres. Otros, como Thor Heyerdahl, creyó ver influencia inca en las construcciones de la ínsula y planteó una posible comunicación regular entre ella y Sudamérica, por medio de balsas de bejuco. Tal teoría, aunque bien intencionada, tiene su lado de racismo involuntario, pues el orgullo nórdico de Heyerdahl le hacía creer que atrás de las grandes manifestaciones culturales incas y pascuenses estaba la mano de los vikingos, ya que presuntamente estos altos y rubios personajes habrían llegado hasta regiones meridionales de América. De hecho, en la mitología de la isla se habla de visitantes rubios de ojos azules. Actualmente se sabe con certeza que la cultura pascuense y la raza pascuense son netamente polinesias, sin influencia sudamericana anterior al siglo pasado.

La Isla de Pascua nos revela, en unos cuantos kilómetros cuadrados, que pueden ser recorridos exhaustivamente en pocos días, una historia fascinante del conflicto entre la cultura y la naturaleza, un minirretrato de las consecuencias del enfrentamiento entre la especie humana y su medio, que acaba a corto o a largo plazo empobreciendo nuestro legado natural. ♦

## Referencias

- Englert, Sebastian, *La tierra de Hotu Matu'a* (Colección Imagen de Chile), Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1990.  
 Heyerdahl, Thor, *Aku-Aku*, Rand McNally, Chicago, 1958.  
 Lee, Georgia, *An Uncommon Guide to Easter Island*, Internacional Resources, Arroyo Grande, California, 1990.